



PEDRO

por Félix GRANDE

A Pedro Martínez

ESTA mañana he estado hablando con Pedro. Vi a Eladio ayer noche y me dijo que Pedro estaba en Madrid, que había venido con su mujer; esta estaba embarazada y Pedro la había traído al Sanatorio de la Milagrosa para que diera a luz. Me imagino las protestas que habrá tenido que sortear allá en el pueblo. Allí, las familias pobres consideran un gasto inútil la instalación de una embarazada en un sanatorio; yo recuerdo, por ejemplo, la opinión de mi madre; mi madre ha alumbrado siete veces, una de ellas mellizos, y siempre ha soportado el parto en su propia cama, asistida únicamente por una comadrona; siempre ha ido todo bien y esto le da íntimamente la razón cuando dice que todo eso de los sanatorios de maternidad no vale más que para gastar dinero y salir del parto entrapados. Hay dos acontecimientos en la vida de las mujeres que ellas quieren atravesar sin deber nada a nadie, sin tener que pagar deudas después: cuando se casan y cuando paren. Yo conozco bien el pueblo, las mujeres del pueblo —que, por otra parte, son admirables—, e imagino que la decisión de Pedro no habrá sido del agrado de

toda la familia, tías, primas, abue-las, etc.; o, en todo caso, quizá la familia haya estado de acuerdo, pero por lo menos alguna vecina habrá hecho a otra el clásico comentario: «Nos estamos volviendo muy señori-tos.»

El caso es que Pedro trajo a su mujer y esta alumbró un chico sano, y tanto él como la madre se encuen-tran bien y todo va normal. Eladio me contó todo esto anoche y a mi me dio una gran alegría porque sé muy bien lo que significa un chico para Pedro. El, que es albañil y casi analfabeto en comparación con otros amigos que tenemos, escritores, hom-bres de carrera y filósofos; él, digo, tiene, sin embargo, una gran sabidur-ía familiar, una gran sabiduría hu-mana, quizá mayor que la de mu-chos de esos otros amigos de la capi-tal. Pedro sabe muy bien lo que es ese amor silencioso, ese reconoci-miento callado, ese afecto duro y sin estridencias que a veces existe entre padres e hijos, o entre hermanos y hermanos. Los personajes de las no-velas, padres e hijos, o hermanos y hermanos, suelen hacer literatura en sus diálogos; se dicen que se quieren mucho, pero lo dicen demasiado bien. Allí en el pueblo generalmente no se dicen nunca nada; cuando alguien

amado cae enfermo, lo atienden, lo acompañan, le compran cosas de comer, y cuando la desgracia se hace inminente, salen de la habitación y se van a llorar al retrete; luego re-gresan, y así un día y otro, hasta que el enfermo muere; en los últi-mos segundos, todo lo más que sue-len decir, bajando la voz y con los ojos húmedos, es: «Padre... Padre...» Otras veces, alguien, por ejemplo, cuenta a su hermano que en su casa no van bien las cosas con su mujer, que esta no se entiende con su suegra, o algo así, y el hermano le da unas palmadas en el hombro sin decirle nada, o le alarga una botella de vino para que eche un trago, o le dice que se sienta a cenar; cenan juntos y luego van dando un paseo hasta la casa de su madre, y el her-mano charla afectuosa y brevemente con su cuñada y acaricia las cabezas de los chicos y les da unas monedas; quizá al acariciar a uno de los chicos, diga, mirando a su cuñada: «Este va a ser tan noble como su pa-dre...» No cabe duda de que saben mucho, pero es, como ya digo, una sabiduría natural, que puede pasar inadvertida a causa de lo amañada y emperifollada que nos damos la sabiduría los intelectuales unos a otros. Pero la de ellos es más natu-

ral; es la sabiduría de los seres que trabajan contra la tierra y contra la miseria, y, por ello, tratan de no hacerse mala sangre con otras cosas. De la puerta de la calle para fuera son exigentes con su trabajo, y a veces hasta gigantescos; de la puerta de la calle para dentro tratan de vivir en paz; claro está que muy a menudo no lo consiguen, y suele ser porque la mala suerte se acumula año tras año sobre sus casas; una se-queja seguida de otra, alguna enfer-medad...; pero, en general, ellos es-tán dispuestos siempre a vivir una vida sin literatura, y si las cosas los fueran bien con cierta continuidad seguramente serían bastante dichosos y significarían una lección. Es-tas gentes deberían saber que nos-otros, los intelectuales, pensamos en ellos con envidia muy a menudo; no envidia de su situación, claro está, que esta suele ser difícil y hasta dra-mática, pero sí envidia de su dispo-sición para vivir con naturalidad, envidia de su repulsa a la teatrali-dad, envidia, en una palabra, de su oportunidad para el silencio. Por más que todo esto no son más que lucubraciones, cada uno está ya donde es-tá: nosotros gesticulando y ellos vivos.

Pedro, en fin, es uno de esos seres, y yo estoy contento de haberlo cono-cido y ser amigo suyo. Esta maña-na, mientras marcaba el número de teléfono del Sanatorio de la Milagro-sa, yo recordaba el tiempo en que solíamos charlar y beber juntos. De esto hace cinco o seis años; yo enton-ces vivía en el pueblo y, cuando acaba-baba mi trabajo de repartidor de le-che, solía ir hasta su casa, dejaba la bicicleta con los cántaros vacíos en la puerta y pasaba al comedor; allí, junto a la mesa, estaba Pedro, to-cando la guitarra. Me decía: «Pasa la bicicleta, que te la van a enamorar.» Nos poníamos a tocar flamenco y, alguna vez, cantábamos una «soleá», o una taranta, o una malague-ña; su tía pasaba al comedor, me preguntaba por mi familia y me da-ba merienda. Habla en aquella casa un silencio noble, sereno, que ningu-no trataba de ocupar ni tampoco de acrecentar; era un silencio de seres y no de objetos. Es que el padre de Pedro estaba en la cárcel y su ausen-cia ponía ese silencio por la conver-sación, por los gestos, por los adema-nes; no era precisamente drama, sino pura y simplemente un silencio adecuado; no quiero decir que no se hablara allí; se hablaba y hasta se reía, aunque generalmente era más sonrisa que risa; se hacía ruido, sin duda, pero ello no obstaculizaba la presencia de aquel silencio; era, como si dijéramos, una actitud, un es-tilo. Yo he acabado de comprender aquel silencio ahora que, poco a po-co, me he ido haciendo mayor.

Recuerdo que una tarde de las que vino Pedro a mi casa estuvimos to-cando la guitarra y cantando, y hasta mi padre cogió la guitarra y tocó unos compases de jota; Pedro son-reía con los ojos brillantes; bebía-mos «zurra», una mezcla de vino, agua, azúcar y trozos de manzana, que mi padre había preparado y que él mismo nos servía en vasos de vez en cuando. Mi padre se puso a can-tar su jota mientras mi madre movía la cabeza, entre burlona y feliz, co-mo quitándole importancia, o como diciendo: «Hay que ver, a estas al-turas...» Encima de la cornisa de la chimenea había medio queso y Pedro me decía: «¿Y tú eres un inte-lectual, y pones el queso en la cor-nisa?» Cortábamos pequeños trozos de ese queso con una navaja mons-

GRAN PREMIO "TRIUNFO" DE NARRACIONES

truosa, que habíamos heredado de mi abuelo; bebíamos «zurra» y tocábamos la guitarra. Pocos días después, Eladio, que era amigo común (porque allá, generalmente, los amigos se hacen amigos también de los padres y los hermanos de sus amigos, no como en muchas casas de las capitales, en que los padres y hasta los hermanos están al margen de esto, como si una amistad fuera una complicitad), me dijo que Pedro, al ver cantar y servir bebida a mi padre, al vernos a nosotros poniendo la mano en el hombro de mi padre, se había puesto triste. Y yo no me había enterado de nada, y todos habíamos estado cantando y charlando y tocando la guitarra, y mi madre moviendo la cabeza, y todos sonreíamos alrededor de mi padre, que tocaba jotas, y entretanto Pedro había estado sufriendo, y nadie se había dado cuenta de que Pedro nos había estado mirando como entre rejas.

Una vez le dije que por qué no se buscaba una novia y se casaba. Me respondió que hasta que no saliera su padre de la cárcel no lo haría, pero que el día en que su padre quedara libre se haría novio, ese mismo día. Había una vecina suya que le gustaba; ella lo sabía, y sabía también la autopromesa de Pedro de no pensar en el matrimonio hasta el día en que su padre quedara libre. Ahora recuerdo lo que me contó Eladio hace un año: Pedro recibió notificación de que su padre quedaba libre y que él debía venir a Madrid para recibirlo. Pedro se puso el traje, fue a la administración del coche de línea, compró un billete para el día siguiente y regresó hacia su barrio; estuvo rondando un rato por la acera de la moza que le gustaba, y cuando vio a esta venir hacia su casa, se acercó a ella y le dijo:

—Oye, sin rodeos, ¿tú te quieres casar conmigo?

Ella lo miró sonriente, un poco aturdida, y contestó:

—¡Hombre!... ¿Y me lo dices así, tan de pronto, en mi cara?

—Ah, ¿no quieres que te lo diga en tu cara? —respondió Pedro—. Pues echa a andar hacia adelante, que yo voy detrás de ti y te lo iré diciendo.

Y pasaron hasta la hora de la cena.

Cuando esta mañana sonó la voz de Pedro desde el sanatorio me acerqué a: teléfono y le dije:

—¿Qué hay, gamberro? Soy Félix, el del pueblo.

Estuvimos hablando unos minutos y le di la enhorabuena dos o tres veces; por su chico, por su matrimonio, por su padre. Aunque hace un año que no hablo con él, yo sé, por medio de Eladio —que va a menudo al pueblo—, que el padre de nuestro amigo está ya bien de salud; su enfermedad del estómago, que había contraído en la cárcel, se ha apagado, y ahora trabaja en su antiguo oficio: él era albañil también, maestro de cuadrilla. Ahora trabaja haciendo obras en el pueblo; es el maestro de la cuadrilla y Pedro trabaja con él; les van bien las cosas; no les falta trabajo, ganan lo suficiente para ir saliendo y están juntos. Yo imagino que Pedro es dichoso, en la medida en que puede serlo un ser humano que ha esperado mucho tiempo esa dicha, es decir, en una gran medida, y me alegro. No he olvidado el tiempo en que charlaba con Pedro y paseábamos los domingos y tomábamos cañas. Pedro tenía un ingenio humorístico muy de aquella tierra; contaba las cosas más anodinas con un lenguaje y una me-

cánica mental cazarros, inteligentes; muchas veces hemos acabado la tarde con dolor de estómago solo de las carcajadas que nos provocaban sus historias y sus comentarios. A menudo tomábamos cerveza después del trabajo, hasta que se hacía de noche; entonces íbamos a cenar a la casa de alguno de los tres o cuatro reunidos, la más cercana; Antonio, el pintor, decía:

—Vamos a cenar algo en mi casa.

—¡Claro, hombre! —aprobaba Pedro—. Aunque sea un triste jamón.

Yo no he olvidado todo aquello; el humor de Pedro lo alegraba vital más rotunda que he conocido en mi vida, y pienso que, en medio de toda aquella risa, Pedro tenía presente la situación de su padre, que incluso mediatizaba su propia situación, y pienso que aquella alegría era una realidad un anticipo de la que iba a existir en su día, rotunda, espesa, y pienso que aquella alegría era una manera de decirnos a nosotros: «Cuando mi padre esté conmigo, todo esto será cierto.»

Yo mismo he conocido la sobreabundancia de ese «ser ciertos»: cuando vino a Madrid a encontrarse con su padre, unas horas después de comprometerse con su moza, y como hasta el día siguiente no venía su padre desde la cárcel, Pedro se encontró con Eladio y Rafael Negrillo, y estuvieron juntos toda la tarde; luego cenaron y después comenzaron a hacer «el viacrucis», que es como llamamos en el pueblo a ir bebiendo de taberna en taberna. Acabaron en las afueras de Madrid; creo que Eladio tuvo que llevar en un taxi a Rafael y a sí mismo, y Pedro continuó andando por las calles miserables de los barrios extremos; llegó al descampado y se sentó a pensar en su inminente padre. Al día siguiente me enteré de todo esto y comimos juntos todos en un restaurante barato. Al ver al camarero, que le ofrecía la lista de precios, Pedro dijo:

—¡Me sobra la estadística! ¡Dos huevos con jamón!

Comimos y bebimos en abundancia y luego nos fuimos, nosotros al trabajo y Pedro a encontrarse con su padre, que, al fin, llegaría una hora después. Ahora ya trabajan juntos, y Pedro, que se casó poco tiempo después, tiene un chico. Imagino a Pedro mirando a su chico, y viendo en los ojos de su chico a su padre, a sí mismo, a su mujer y su familia, a la familia de su padre y, en general, a toda la raza humana libre y eterna.

Esta mañana, después de quedar con Pedro para ir un día a comer juntos, con Eladio y todo el que encontremos aquí del pueblo, le dije:

—Bueno, hermano; hasta la vista y reparte saludos.

—Hasta la vista, amigo.

Después de colgar el teléfono he tratado de imaginar cómo es la vida de mi amigo ahora, con su padre. De mañana, salen al trabajo, llegan a la hora y se reúnen con los restantes miembros de la cuadrilla. Empezan a trabajar, con ritmo unitario, todos sincronizados; el chico amasa, algún oficial extiende el cemento con la liana contra la pared; alguien, desde un andamio, pide ladrillo: «¡Vaas!», responde otro desde el suelo, y comienza a impulsar los de dos en dos. Hacia las once, el padre de mi amigo manda al aprendiz a la taberna y poco después se sientan en el suelo a comer algo; luego encienden cigarrillos y recomiendan. A las dos, arrinconan la herramienta y marchan a casa, a comer. Mi amigo y su padre, con las

chaquetas al hombro, vienen por la calle de la Feria, uno junto a otro, charlando. Los veo venir, por la acera de la derecha, hasta alcanzar la calle de Pedrero y doblar la esquina.

Luego veo a Pedro andando solo por las calles trágicas del Madrid de las afueras, a las cuatro de la madrugada. Acaba de dejar en un taxi a Rafael y Eladio, que se han ido a dormir, borrachos y felices, hinchados de amistad. Llega al descampado y continúa dando pasos, con la noche contra su pecho. Dentro de unas horas llegará su padre. Se detiene y mira alrededor, es decir, a la lejanía. A un lado, Madrid, apaciguado y silencioso; enfrente, el monte, soñoliento y elevado. Sonríe. Solo su corazón no tiene sueño. Canta.

Después he recordado el Pedro de hace cinco años, cuando tocábamos la guitarra y cantábamos en mi casa; cuando yo iba por la calle de la Feria al atardecer y veía a Pedro en medio de la calzada, que se quedaba parado mirándome y sonriente y decía: «¿Dónde vas?...», y nos íbamos a tomar una caña, firmando las mujeres; y cuando Eladio y yo leía-

mos a Pedro poemas de Lorca y de Miguel Hernández y de Manuel Machado y él escuchaba y sus ojos estaban brillantes. He recordado la fachada de su casa, en donde yo apoyaba mi bicicleta con el portal lleno de cántaros. Y recuerdo que una de esas veces, al pasar al comedor lo vi callado y sombrío.

—¿Qué te pasa, hombre?

—Nada... Nada.

Saqué la guitarra del estuche mientras le decía:

—¿Por qué no te casas de una vez, hombre?

Pedro me miró y me dijo: «Toca por taranta.» Yo empecé a hacer unos arpeggios serena, suavemente, y le oí decir: «Me haré novio el día que salga mi padre de la cárcel.» Hice, majamente, una falseta de Manolo el de Badajoz, mientras oía a Pedro que, a media voz, decía: «Pero si no sale mi padre, me voy a convertir en una fiera.» Comencé un trémolo del Niño Ricardo y lo miré sin dejar de tocar; vi que Pedro me miraba y agregaba en voz baja: «Lo juro.» Rompí a rasguear.

